

**NOTAS A PIE
DE INSTANTE**

Jesús Montiel

**NOTAS A PIE
DE INSTANTE**


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, enero 2018

© Jesús Montiel, 2018

© Juan Gracia Armendáriz por el prólogo

© Esdrújula Ediciones, 2018

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 60-2018

ISBN: 978-84-17042-56-1

Impreso en España · Printed in Spain

La curiosidad como prólogo

por Juan Gracia Armendáriz

El título, como el lector comprobará más tarde, pertenece a Jesús Montiel. Me apropio de él para darle la vuelta a la frase: un prólogo es una invitación a la curiosidad. Pero *Notas a pie de instante* es mucho más. Es una invitación al asombro, esa predisposición del ánimo que Platón situaba en el paso que precede al conocimiento. Puede parecer enfático pero el asombro es la médula de este libro. Al otro lado de estas líneas esperan al lector las notas de un hombre que ha pulido su sensibilidad y sabe utilizar los mejores recursos poéticos para transmitirnos una manera de *estar* en el mundo. Un estar asombrado. Nada de lo que este libro expresa tiene sentido sin esa actitud vital.

«Un gramo de experiencia vale más que una montaña de teoría», repiten los textos sapienciales de la tradición oriental. Una de las preguntas que suscita un libro que se eleva para adentrarse en el misterio de lo cotidiano es si la expresión del escritor es fruto de una experiencia o se trata de una impostura literaria, ese arte de ventriloquia. La cuestión puede parecer baladí pero cobra un significado radical cuando lo

expresado nos remite a una manera de *estar* que entronca con la tradición mística de Oriente y Occidente. Es fácil dar gato por liebre cuando se trata de enunciar lo sagrado. No hay más que imaginar a un poeta que escribe tras la autohipnosis que procura un cursillo de *mindfulness*, esa comida china para occidentales ansiosos. Montiel, a diferencia de otros autores, no nos ofrece una dosis homeopática de intrascendencias. Si el lector busca un libro de autoayuda, no siga leyendo.

Notas a pie de instante toca con delicadeza y honestidad casi escandalosa asuntos que no suelen ser enunciados. Acaso escandalice a los beatos de lo intrascendente. Lejos de la bisutería espiritual, donde la búsqueda de la otredad se rodea de budas de plástico, Montiel se toma muy en serio su forma de *estar* y el vínculo con lo sagrado. Este libro remite a esa idea que expresaba Octavio Paz en *El arco y la lira*, uno de los ensayos más bellos jamás escritos sobre el arte poético, donde el sabio mexicano establecía un paralelismo entre la poesía japonesa y el momento en que una ola se encuentra en el punto máximo de su verticalidad: ha acabado de erguirse pero aún no se desploma. Ese instante de equilibrio natural provoca en el observador una suspensión del ánimo, nos dice algo que no termina de enunciarse. El sentido se nos escapa entre los dedos, como los *koan* —irresolubles a la luz de la razón—, o los haikús de Basho. No estamos, por fortuna, ante una impostura aromatizada con barritas de sándalo sino ante un texto que se resiste al encasillamiento de los géneros. Ya lo advirtió Borges; clasificar no es entender. Son, precisamente,

los libros que crean su propio género literario, por así decir, una singularidad que me atrae sin remedio. Son flores raras, libres, heterodoxas. En *Notas a pie de instante* hay reflexiones, aforismos, epifanías cotidianas, fogonazos, anécdotas que recuerdan a un breve dietario, jirones autobiográficos... Todo está destilado hasta la máxima condensación. Quizá, por ello, los textos de Jesús Montiel parecen haber evolucionado en condiciones de insularidad. El lector se adentrará en la intimidad silenciosa de un escritor que le ofrece gemas extraídas en instantes de una soledad gozosa y siempre esperanzada.

El autor no teme a las palabras y las nombra con un respeto que recuerda a José Jiménez Lozano, autor citado en el texto con plena consciencia, pues en la obra del escritor abundan las palabras tienen el poder de invocar lo que nombran. Una palabra que huele a hogaza de pan, a membrillo, a casona sombría. Algo parecido ocurre con la poesía silenciosa de Víctor Erice en *El espíritu de la colmena* o en la obra del escritor navarro Francisco Javier Irazoki. Son obras que detienen el tiempo.

Jesús Montiel no necesita retirarse a un monasterio de su Granada natal ni mucho menos al Tíbet para destilar esos instantes de epifanía. El logro, a mi parecer, está en extraer de la vida cotidiana joyas como esta: «Las primeras ramas que trepé fueron los brazos de mi madre.» No se enmascara bajo la abstracción de ínsulas raras ni se parapeta tras un hermetismo sólo para iniciados. José Ángel Valente o Hugo Mújica, entre otros

poetas, han hecho de su escritura un acercamiento a la espiritualidad. Más intelectualizada en Valente; próxima a la abstracción minimalista en el caso de Mújica. Jesús Montiel vuelve su mirada a la rica tradición mística occidental y prefiere la amistad de los árboles —relación arborícola que comparto—, la cercanía de los hijos, la familia, el amor, un viaje en coche y, siempre, al fondo, la Naturaleza transmutada en expresión de lo sagrado. Quédese el lector con este relámpago: «Conquistar la mansedumbre del árbol requiere mucha intemperie.»

Como el propio Montiel ha señalado, en los inicios de lo que luego ha resultado un exitoso proyecto poético jalonado con importantes premios literarios, contó con la guía de Miguel d'Ors. Presumo que la maduración poética del autor no es ajena a la maceración de la experiencia vital. La enfermedad, propia o ajena, y los filos que la vida son parte de la materia a la que el escritor aplica la técnica de los artistas marciales: aprovechar la fuerza de la negrura en beneficio de la belleza y el logro ético. Asimismo, la experiencia termina por desbrozar la hojarasca esteticista para quedarse con la difícil sencillez. Estoy seguro de que el autor ha sacrificado aspavientos ornamentales para ofrecernos únicamente lo que su nivel de exigencia aprueba, tal y como recomienda Christian Bobin: «Sólo la palabra justa.» Montiel trabaja por sustracción.

Quizá en este libro hallamos un hilo parental con los brillos sosegados de Antonio Colinas o con la celebración cotidiana de Sánchez Rosillo, pues al fin y al cabo la literatura es una gran polifonía. Quizá me equivoque, pero sé que no me

equivoco si señalo la advocación del mencionado escritor francés Christian Bobin, una admiración que comparto con el autor, traductor de la obra *Resurrección*. Los lectores de Bobin formamos una red secreta que, estoy seguro, pronto dejará de ser secreta para ser solamente discreta.

La poética de Montiel puede resumirse en esta frase que me hubiese gustado escribir a mí: «No para escaparme de la realidad: escribir para que la realidad no se me escape.» He aquí todo un proyecto de vida. Nos encontramos en el territorio de los exploradores de lo sagrado: Miguel de Molinos, Juan de Yepes, Edmond Yabès, Meister Eckhart... Y el citado Christian Bobin. El escritor francés es un hombre esquivo y solitario que algunos lectores descubrimos, editado y traducido en España por pequeñas y bravas editoriales pero cuyos libros se encuentran, bajo el sello de Gallimard, en cualquier librería parisina. La actitud de Bobin es, en el fondo, profundamente rebelde en el sentido que quería Albert Camus: toda rebeldía ha de ser afirmativa y debe ir acompañada por una respuesta estética. Pues bien, Montiel, como Bobin, escribe desde una posición moral inequívoca para señalar esos milagros cotidianos que pasan inadvertidos. Así, de entre la basura y los restos nocturnos de una juerga el autor extrae una perla en forma de pájaro; de la paternidad, una imagen que perdurará en la mente del lector; el salto de un gato forma una efímera arquitectura al caer al suelo... El asombro abre los ojos del lector ante la inusitada belleza de lo trivial. Montiel ha ejercitado la mirada y nos invita a seguirle. Sus

anotaciones interpelan al lector, en ocasiones sin rodeos, como un arquero; en otras con la mera exposición de un rostro anciano; de una niña que cruza frente a su coche, de una paloma suicida.

Este poder de la mirada lo congela el autor gracias a una pericia verbal que apela a la sugerencia y a la evocación —también a la sentencia— y, sobre todo, a ese saber *estar* en el mundo, actitud a la que aludía al principio de estas líneas. Montiel no teme a la palabra Dios, al verbo rezar o al sustantivo sacerdote; tampoco a la palabra Amor, con mayúscula. Creyente o no, el lector de este libro va a sentir una mirada muy aguda, sensible y esperanzada que le muestra el mundo en instantes alejados del feísmo complaciente, de las cárceles ideológicas o de las modalidades del cinismo posmoderno. Montiel lo advierte desde la cita del evangelista que abre el texto; es una hermosa invocación, al tiempo que una declaración de intenciones estéticas y morales. Sobre estas *Notas a pie de instante* el autor nos aúpa para que podamos ver a través de un respiradero la realidad que nos hurtan nuestras oscuridades. Nada sobra en este libro aunque sus lectores nos quedemos con ganas de más asombros porque «Hay libros que cierran el infierno». Y este es uno de ellos.

Madrid, 15 de noviembre de 2017

Notas a pie de instante

A mi madre, primera casa

[...] Después, mirando al cielo, suspiró y le dijo: ¡Effetá! (que significa ¡Ábrete!). Al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y empezó a hablar sin dificultad.

Mc. 7:34-35 Biblia de Jerusalén

En el colegio San José, durante el recreo, los otros niños juegan a la pelota e intercambian cromos de futbolistas del mismo modo que años más tarde harán con el dinero, convertidos en adultos. Yo empleo el tiempo charlando con los árboles del patio. Los niños tímidos y los árboles se llevan bien. Forjan grandes amistades. Hablo mucho con ellos y ellos me responden. Como el niño del mito, criado en la jungla por lobos, me amamanta una manada de árboles, los árboles me enseñan su idioma traslúcido, las infinitas maneras que tienen de socorrernos.

En el colegio aprendí muy pronto la lección de la ventana.

Hoy ha venido a casa un amigo de la familia. Lo he llevado al cuarto de los niños y en la ventana ha abierto mucho la boca mirando las colinas que bordean el río. Siempre hago esta prueba, cuando viene un invitado: estudio su expresión mientras encara el límite de la ciudad, la longitud de su estupor frente a los árboles, si más o menos

Dios en su mirada. Al volver al salón el invitado ha elogiado las vistas. No me comprende cuando le explico que es justamente lo contrario: que en la ventana el bosque se asoma a nosotros.

De los árboles me gusta que se han edificado a partir de una semilla. Todos los hombres, por grandes que sean en el tablero del mundo, tienen su origen en un niño.

Una ventana sin árboles se parece a un escritor que sólo escribe literatura.

Las primeras ramas que trepé fueron los brazos de mi madre.